



Agresión o violencia

Protesta del 19 de junio de 2013 en Berlín, Alemania, contra el programa de vigilancia electrónica PRISM, filtrado por Edward Snowden.
Fotografía: Target Presse Agentur GmbH / Getty Images

Jaime Augusto Shelley

PARACE COMÚN PERDER DE VISTA LA DIFERENCIA entre un acto agresivo y otro de violencia. En las guerras, se requiere de ejércitos entrenados y con un nivel de disciplina alto para llevar a cabo las operaciones diseñadas por un grupo de expertos que a distancia estudian a su enemigo y ponderan las posibilidades de éxito de su empresa.

Las probabilidades son, en muchos casos, de resultados múltiples, con elementos de incertidumbre o imprevisión que afloran de súbito en el transcurrir de los acontecimientos.

Al proponer la construcción de una ciudad-estado ideal, Sócrates/Platón (nunca sabremos cuánto de uno o de otro) establece la necesidad de contar con un ejército que la defienda. Para ello, se enumeran las virtudes que sus integrantes han de poseer y la educación que se les debe prodigar para que cumplan su función correctamente.

Deben contar con un temperamento agresivo para estar dispuestos al combate; no se puede pensar que lo integren seres pusilánimes, dados a la reflexión o la melancolía, sino jóvenes vigorosos, llenos de energía que, en las prácticas, por la vía de ejercicios físicos de exigencia





Manifestación a favor de Bradley Manning en la entrada de Fort George G. Meade, Maryland, el 27 de noviembre de 2012. A Manning se le acusó de enviar cientos de miles de documentos clasificados de la guerra en Afganistán e Irak y más de 250,000 cables diplomáticos a la página web WikiLeaks mientras trabajaba como analista de inteligencia estadounidense en Bagdad entre 2009 y 2010. Fotografía: Mark Wilson / Getty Images

extrema y muy competitivos, pongan a prueba su arrojo y entrega (ver *La República*).

La agresividad, dice el autor, es innata en el ser humano y parte indispensable de su carácter, lo que lo hace emprendedor, con deseo de destacar y aventurarse. Una virtud sin la cual no se alcanza el éxito en nada. Para que ese rasgo distintivo no se pervierta, se precisa la disciplina, el saber contener la sangre que bulle en las venas, al punto de entender hasta dónde se puede llegar, por ejemplo, en una batalla, cuando el enemigo ya ha sido derrotado y es momento de deponer las armas y dar por terminada la acción.

La lucha por conquistar o por defender algo es parte natural de la Historia del hombre. Nunca ha dejado de existir. Lo que ha cambiado es la forma.

La lucha cuerpo a cuerpo era una manera de enfrentar, directa y sin artilugios, nuestras capacidades y nuestras debilidades. El ingenio humano fue capaz de elaborar, a lo largo del tiempo, instrumentos que pudieran igualar las desventajas de tamaño, peso y habilidad, dando a la competencia un aspecto más equilibrado, aunque no siempre, o no por mucho tiempo.

La invención de la lucha a distancia crea otra mentalidad que se desarrolla desde el arco y la lanza hasta el fusil. El sentido de pertenencia se vuelve unilateral y cada vez más abstracto conforme se progresa tecnológicamente en los tiempos.

Los jóvenes pilotos que dejan caer desde sus aviones cientos de bombas sobre las poblaciones inermes causando incontables muertos y heridos no tienen la menor reacción emotiva al respecto, salvo el celebrar el buen desempeño de su misión. La distancia respecto al *otro*, la víctima, hace desaparecer la sangre que se vierte y el rostro distorsionado del caído.

La despersonalización de las balas, los cañones, las bombas, es también, en gran medida, la deshumanización de la lucha.

Ahora, llegamos a un punto climático en el desarrollo del complejo industrial militar imperial, con la aplicación, más o menos sistemática, de los drones (avioncitos teledirigidos) que son enviados por los servicios de inteligencia militar y de espionaje para asesinar (así lo dicen, sin andar con eufemismos) a determinados líderes o gobernantes a quienes se con-

sidera enemigos. No siempre tienen la precisión de dar en el blanco seleccionado. Ni modo, ello se contempla, estadísticamente, como daño colateral, y a otro asunto. La cuestión, dice Obama, es salvar vidas.

Mismo argumento del presidente Truman cuando ordenó el genocidio de Hiroshima y Nagasaki. Al parecer se trata de otro nivel de comprensión de lo que entendemos como derecho o necesidad de defender alguna causa con fundada razón.

Primero un soldado, Bradley Manning, y luego un técnico de inteligencia cibernética, Edward Snowden, ambos estadounidenses, no pudieron vivir más con la culpa de saber los crímenes ocultos de los gobernantes y sus secuaces, y siguiendo la línea creada por los *wikileaks* de Julian Assange, también perseguido por su exposición de actividades ilegales, han hecho públicos documentos secretos que exhiben complicidades, actos criminales y operaciones ilegales que muestran la verdadera naturaleza corrupta y totalitaria del gobierno y sus cómplices (falta descubrir hasta dónde están involucrados en ciertos movimientos financieros internacionales realizados recientemente por medio del espionaje cibernético, que ya algunos funcionarios de la Unión Europea se sospechaban, como lo denunciaron en su oportunidad).

A estos valientes se les acusa de traición y uno (el joven soldado) ya está siendo “juzgado” por una Corte militar.

¿Desenmascarar a una banda de desalmados se puede considerar delito cuando, de hecho, son crímenes de Estado y el denunciante sólo una víctima?

¿Habrá nuevos juicios de Nuremberg para juzgar a esos sujetos cuya única defensa sea: “Era mi deber y lo hice obedeciendo órdenes superiores”? Estos abusos

sistémicos de autoridad se dan, sobre todo, paradójicamente, en el país que proclama a los cuatro vientos su defensa de la libertad y el derecho de las personas a hacer lo que mejor les venga en gana (sin que sus actos afecten a un tercero) como, por ejemplo, el gusto de poseer armas de fuego a granel y disfrutar de ellas en cacerías a inmigrantes en la frontera con México; o en alguna escuela (¿por qué será esa inclinación, ya muy repetitiva en los Estados Unidos, de masacrar gente en las escuelas? ¿Habrá psicólogos estudiando ese comportamiento?).

La línea divisoria entre agresividad y violencia se antoja muy frágil en nuestros días.

Sabemos de la profunda penetración que tienen los medios de difusión en las sociedades, y sabemos también cómo han sido cooptados por los grandes consorcios; en el vecino país ya no existe libertad de expresión en periódicos, radio y tv. La mayor parte de sus series televisivas, de enorme audiencia internacional, tratan de asuntos criminales, con lujo de violencia y con gran detalle. Son también, de alguna manera, escuelas de ejercicio de la violencia que penetra en cerebros enfermos, los cuales, pareciera, abundan en la represiva y muy evangélica sociedad norteamericana. Estos modelos negativos de comportamiento encubren los otros, mayores, que se dan con las invasiones a países como Afganistán, sin otra explicación que la defensa contra el terrorismo. Y el pueblo engulle esas mentiras junto con su hamburguesa y su cerveza, sin prestar ni la más mínima atención a las atrocidades, ni al escandaloso gasto militar. Se trata de los *otros*, los enemigos.

¡Y nosotros, siervos del Imperio, somos tan imitativos! Nos queremos parecer a ellos. ¡Un gran destino nos aguarda! 